

BIENVENIDA AL CACHIMBO 2002-I

Queridos ingresantes:

Como rector de esta casa de estudios, es para mí una verdadera alegría el poder compartir con ustedes este momento tan especial en sus vidas. Hoy se integran a la Pontificia Universidad Católica del Perú y este hecho, que los enfrenta a una gran responsabilidad, no es sólo motivo de júbilo para ustedes y sus familias; también lo es para nuestra institución, que se revitaliza con su presencia, pues cada uno de ustedes, al pasar a formar parte de ella, la habrá de nutrir con su entusiasmo, su voluntad y su intelecto.

Nada más natural que en estos instantes se encuentren embargados por la satisfacción de haber cumplido una meta, pero también asaltados por ciertos temores, comprensibles ante el hecho de enfrentar nuevos y difíciles desafíos. Comienzan ustedes una etapa decisiva en sus vidas y ante tal circunstancia mis palabras no pueden sino expresarles felicitación, bienvenida y aliento.

Felicitación, por el enorme e incalculable esfuerzo que han debido desplegar para haber ganado su condición de estudiantes. Bienvenida, porque

se integran a una institución que los acoge como un segundo hogar. Aliento, porque el camino que se aprestan a recorrer les demandará especial constancia y altas responsabilidades.

Todos ustedes, tanto los que ingresan al ciclo inicial como a los Estudios Generales, deben guardar lúcida conciencia de que desde hoy pertenecen a una comunidad académica que les otorga condición plena de universitarios. Es conveniente por ello que reflexionemos un momento sobre esa condición.

Incorporarnos a la vida universitaria nos obliga a comprender la naturaleza de esa comunidad que llamamos universidad. Desde su aparición, hace más de nueve siglos, la universidad ha sido casa de formación y lugar de cultivo de los diversos dominios del saber. Por ello es una institución dedicada fundamentalmente a la formación integral de la persona, sin que eso signifique desde luego descuido de la capacitación profesional que permite a sus alumnos cumplir la función social a la que se encuentran orientados. Semejante misión supone una íntima vinculación con el conocimiento mismo, con su cultivo y su preservación, así como un compromiso moral con la sociedad a la que pertenecemos. Esas son preocupaciones esenciales que no debemos perder de vista, sobre todo en estos tiempos en que la extremada especialización hace peligrar la unidad del conocimiento y en que las leyes del mercado se asumen como rectoras indiscutibles de nuestras vidas.

La universidad tiene, pues, como principio y fin el desarrollo integral de la persona. Y es que estamos aquí para hacer de nosotros mismos mejores personas y no meramente para aprender un oficio, dominar una disciplina u ocupar un determinado rango en la vida organizada de la nación. Cada persona es un mundo singular que se construye día a día. La universidad alienta esa labor de autoafirmación y lo hace no sólo a través de las lecciones que se imparten en sus aulas. Los debates espontáneos fuera de clase, las actividades extracurriculares o de proyección social y el cultivo de los afectos y amistades forman parte también de lo que significa hacerse uno mismo en el quehacer universitario. En esa aventura que los espera en nuestros claustros pasarán varios años de sus vidas, quizá los mejores. Deberán enfrentar el desconcierto inicial de asumir con inteligencia y decisión sus responsabilidades, encontrarán espacios que, más allá de lo académico, les servirán para afirmarse como seres humanos, madurarán y conquistarán su libertad. La condición de universitarios que asumen hoy los acompañará, como una segunda naturaleza, mucho más allá de su paso por las aulas. La Universidad Católica dejará huellas indelebles en ustedes y ustedes, a su vez, escribirán un capítulo importante en su historia.

La universidad ciertamente nos brinda una oportunidad para nuestro desarrollo personal, pero también nos ofrece la posibilidad de adquirir un papel en la mejora de la sociedad en que vivimos. En este inicio de siglo, el rol que por su propia naturaleza han de cumplir los miembros de la comunidad

universitaria se hace aún más urgente en un país como el nuestro que es promesa de una vida justa en común, pero también víctima de males seculares. No hace mucho, no lo olvidemos, hemos abiertos los ojos al más duro y profundo proceso de corrupción que haya habido en nuestra historia nacional reciente y aún sentimos el desconcierto de no afianzar el camino que nos permita superar de manera definitiva los problemas que ese proceso acarreó. Es claro por ello lo inmenso de los retos que debemos hacer frente en lo personal y lo social para purificar la nación y, como peruanos, elevarnos a la altura ética que la patria nos reclama. Hoy más que nunca son ustedes, pues, la esperanza de una regeneración moral y social de nuestro país. Estamos convencidos de que esa promesa que ustedes encarnan se trocará en plena realidad. Esta casa que hoy los recibe con las puertas abiertas está para ayudarlos en esa dura pero hermosa tarea.

Queridos cachimbos:

Al celebrar su incorporación a nuestra comunidad, la universidad no sólo los acoge; se renueva en ustedes. Esperamos que por este pacto que hoy sellamos, ustedes se asuman herederos de una larga y fecunda tradición, que se sustenta en ochenta y cinco años de historia y que se halla inspirada en los valores cristianos, en la excelencia académica, en la crítica, la tolerancia y la

responsabilidad. Estamos seguros de que asumirán con seriedad este compromiso y sabrán así honrar la confianza que depositamos en ustedes.

En nombre de la comunidad universitaria, les expreso una vez más nuestro más cálido saludo. Que este capítulo que se inicia hoy en sus vidas se vea colmado de buenos frutos y de profundas satisfacciones; que él pueda convertirse en momentos que, dentro de sus historias personales, resistan con éxito el menoscabo del olvido; que signifique finalmente para ustedes el comienzo de una nueva, más lúcida y honesta manera de mirar el mundo y de vivir en él.

Bienvenidos a la Pontificia Universidad Católica del Perú, que, a partir de ahora, será para ustedes permanente hogar.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

11/3/2002